





## LA ABURRIDA VIDA DE SEBASTIÁN SILVA

El gran letrado inglés Samuel Johnson escribió en una ocasión que no existe nada más feo que aquello que se encuentra al borde de la belleza. A propósito de la nueva exhibición de dibujos y pinturas de Sebastián Silva en Santiago, me gustaría proponer un corolario actualizado, para el siglo XX, de fin de mundo: no hay nada tan bello como aquello que se encuentra al borde de la fealdad.

Belleza agónica –como lo acotó Edmund Burke, otra potencia literaria– es lo que Silva se esfuerza por hacer, una y otra vez: en sus guiones, sus premiadas películas y en su música. Para aquellos que no sabían que el polímata Silva empezó como artista visual, esta muestra demostrará ser tanto sorprendente como familiar. La furia controlada que hacen que películas como *La Nana* y *La Vida Me Mata* hiervan lentamente hasta explotar sobre la pantalla existe en forma plenamente desarrollada en sus expresionistas dibujos y pinturas sobre papel. Imágenes que Silva ha titulado “Crimen” y “Hombres Lobo” –en una veta oscuramente dramática que evoca tanto a las novelas turbulentas de Dostoyevsky como la película *M* de Fritz Lang – estas perturbadoras y enredadas series contienen misterios, secretos, mentiras y maldades de las variedades más amargamente pedestres.

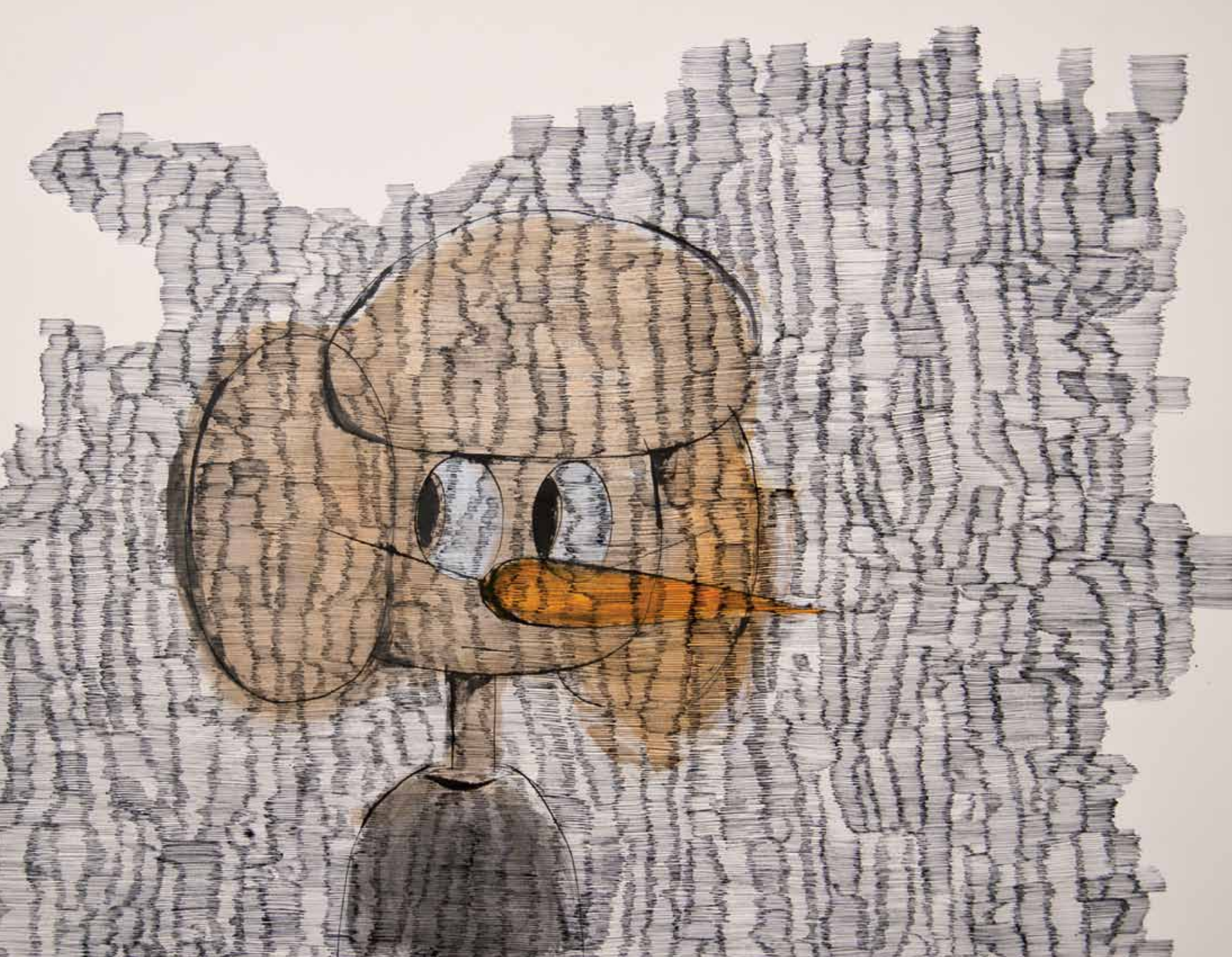
Trabajos que Silva creó en Nueva York mientras filmaba una serie de HBO llamada *The Boring Life of Jacqueline* (el título irónico del artista, por supuesto), este voluminoso “proyecto alternativo” obsesivamente explora los pequeños demonios de maldad escondidos bajo el brillo aparentemente fácil de fría civilidad y supuesta sofisticación tecnológica. Debajo de la absurdidad de e-mails, Facebook, y Twitter con la que personas de todas partes del mundo activamente pretenden constituir redes sociales genuinas, Silva descubre algo mucho más mordaz y familiar: patetismos cotidianos, decepciones, dudas y miserias que ninguna novedosa forma de entretenimiento o aplicación para iPhone puede precisar o desactivar.

Bombas de tiempo tan reales como los asesinos artefactos explosivos improvisados plantados a los lados de los caminos en Gaza o Bagdad, Silva transpone lo que alguna vez llamó, “la mierda triste y miserable que nadie comparte, pero que todos sufren”, a figuras fantásticamente dibujadas que cometen y esconden crímenes, o, alternativamente –en el caso de la serie “Hombres Lobo”– sufren los genuinos traumas de ansiedades y paranoias cotidianas que constituyen transformaciones psicológicas humanas mayoritariamente desapercibidas. Conectándose con una casi inexplicable tendencia que ha visto a figuras míticas transmutantes, tales como hombres lobos y vampiros, re-emergir como un género Hollywoodense viable (¿quién se lo habría imaginado?) y también como parte de una vergonzosamente ridícula pero global subcultura Gótica (¿a quién le importa?), Silva ha creado sus propias figuras como demonios sin rostro – seres anónimos que canalizan la agresión y violencia que todos sienten naturalmente cuando consideran el Mercedes de mal gusto de su jefe, o la desgracia que debería acaecer sobre ciertos políticos nacionales.

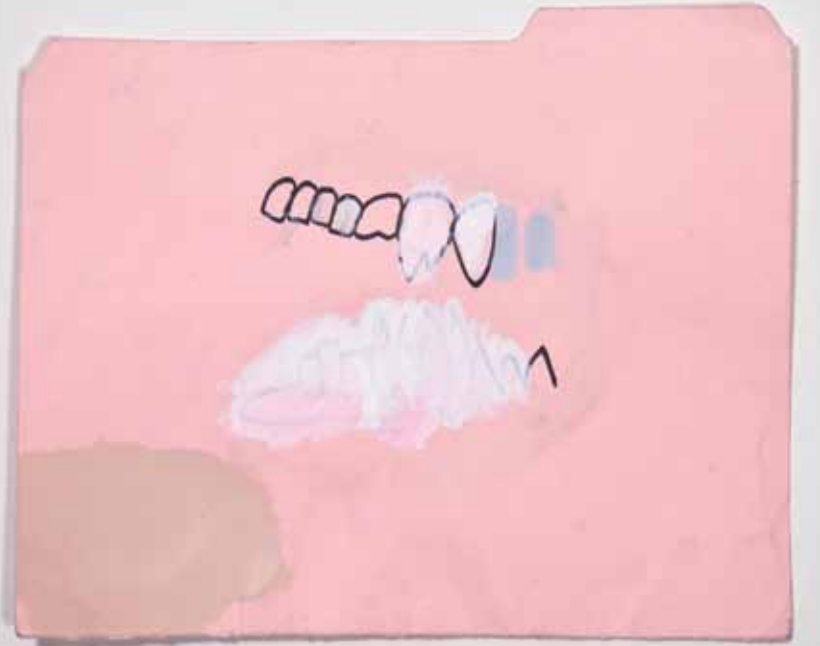
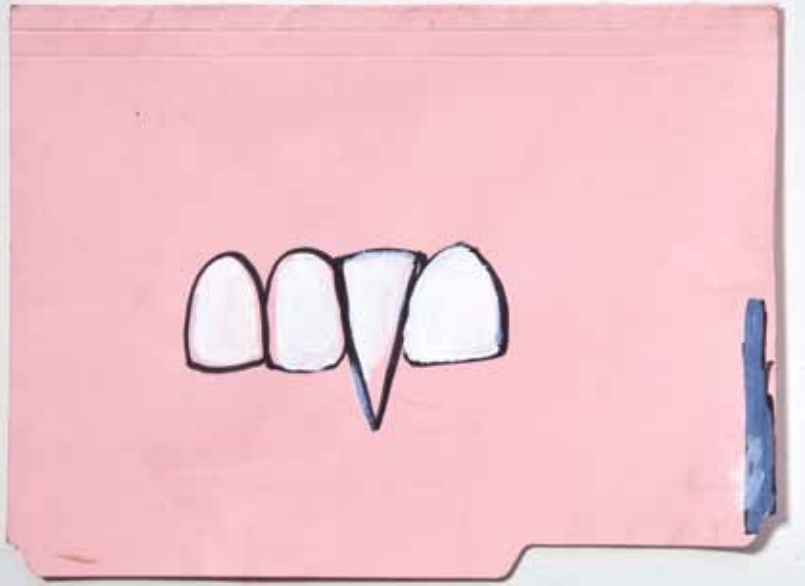
Silva se posa sobre estos sentimientos y otros en esta generosa muestra que, a la vez, lo perfila como un artista existencial en lo escrito. Un artista comprometido a desenterrar el espíritu viviente de un humanismo persistente, que es tan relevante hoy como lo era antes que Jean Baudrillard despotricara que el mundo estuviera enteramente hecho de simulacro y simulación. Los dibujos, pinturas, guiones, películas y música de Silva son un antídoto a eso y otras proposiciones igualmente chupasangres. Éstas afirman, vibrantemente y con una pasión oscura que solo puede ser definida como vitalista, que la existencia de cualquier persona nunca es aburrida. No la tuya, ni la mía, y ciertamente no la de él.

Christian Viveros-Fauné



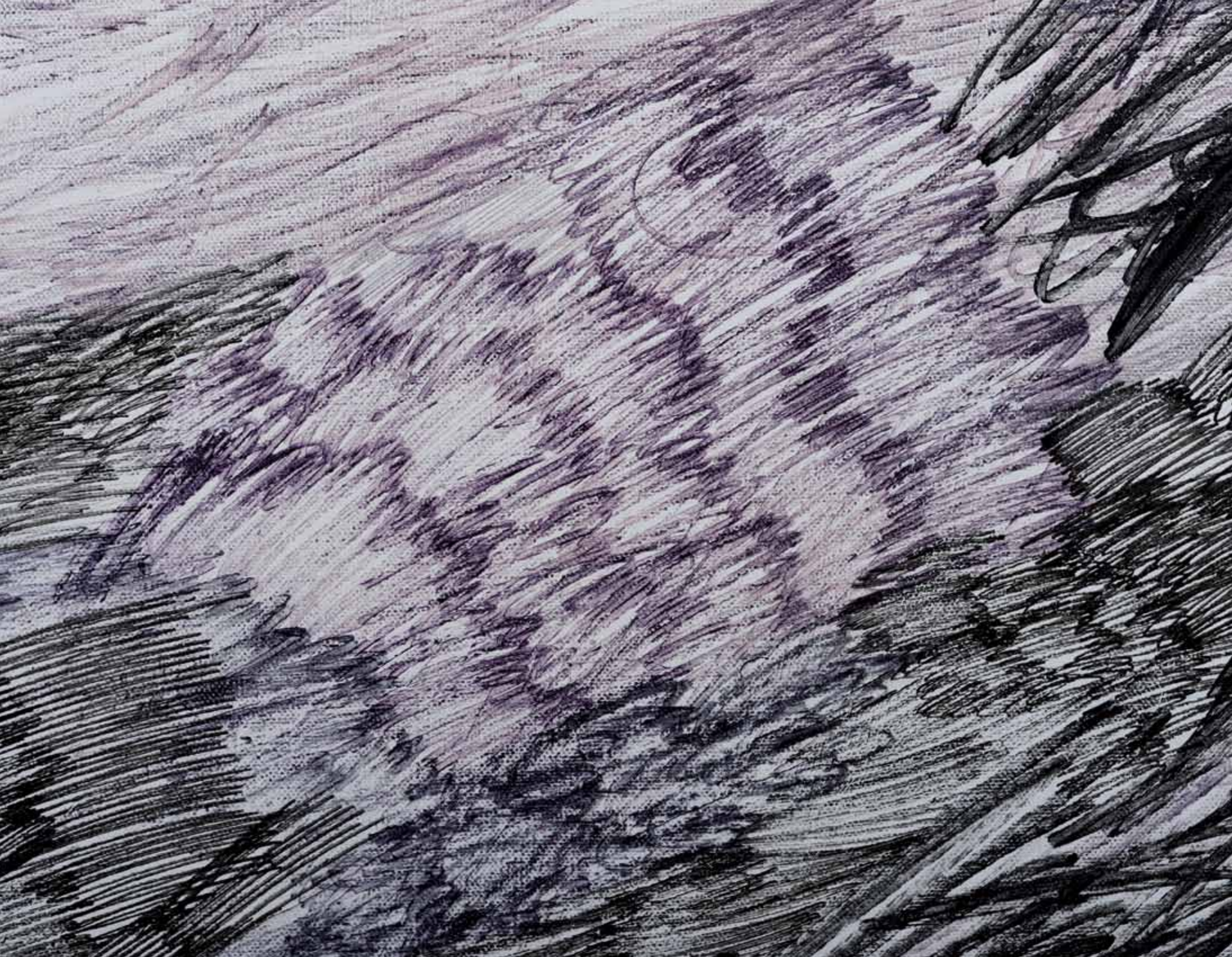
















## THE BORING LIFE OF SEBASTIAN SILVA

The great English man of letters, Samuel Johnson once wrote that there is nothing uglier than that on the verge of beauty. On the occasion of Sebastian Silva's new exhibition of drawings and paintings in Santiago, I'd like to propose an up-to-date, end of the world, 21st century corollary: there is nothing so beautiful than that on the verge of ugliness.

Beauty under distress—as another literary lion, Edmund Burke, referred to it—is what Silva strives for, time and again, in his scripts, his prize-winning films and in his music. For those that did not know that the polymath Silva started out as a visual artist, this show will prove at once surprising and familiar. The controlled fury that makes films like *La Nana* and *La Vida Me Mata* boil slowly until they explode off the screen exists in full-fledged form in his expressionistic drawings and paintings on paper. Pictures Silva has titled “Crime” and “Werewolves”—in a darkly dramatic vein that recalls both Dostoyevsky's troubled novels and Fritz Lang's *M*—these roiling, unspooling series mine mysteries, secrets, lies and treacheries of the most bitterly pedestrian variety.

Works Silva made in New York while filming an HBO series called *The Boring Life of Jacqueline* (the artist's ironic title, of course), this voluminous “side project” obsessively explores the little demons of malice hidden under today's effortless-looking gloss of cool civility and purported technological sophistication. Beneath the emailing, facebooking, twittering nonsense that folks all over the world actively pretend constitute genuine social networks, Silva discovers something much more trenchant and familiar: everyday pathos, disappointments, doubts and miseries that no

new entertainment or I-Phone app can pinpoint or deactivate.

Ticking time bombs as real as the killer IEDs detonated on the side of the road in Gaza or Baghdad, Silva transposes what he once called “the sad miserable shit that nobody shares, but everybody goes through” into fantastically drawn figures both committing and covering up crimes, or, alternately—in the case of the series “Werewolves”—suffering the bona fide traumas of everyday anxieties and paranoidias that constitute largely inconspicuous human psychological transformations. Tapping into a nearly inexplicable fad that has seen shapeshifting myths like werewolves and vampires reemerge as a viable Hollywood genre (who knew?) and also as an embarrassingly moronic global Goth subculture (who cares?), Silva has cast his own figures as faceless demons—anonymous beings that channel the aggression and violence everyone naturally feels when considering their boss' tacky Mercedes or the misfortune that should befall certain national politicians.

Silva touches on these feelings and others in this generous exhibition that, in turn, profiles him as an existential artist *après la lettre*. An artist committed to unearthing the undead spirit of a lingering humanism that is as relevant today as it was before Jean Baudrillard blathered on about the world being made up entirely of simulacra and simulation, Silva's drawings, paintings, scripts, films and music are an antidote to that and other bloodsucking propositions. They affirm, vibrantly and with a dark passion that can only be defined as life-affirming, that no one's existence is ever boring. Not yours, not mine, and certainly not his.

Christian Viveros-Fauné



